
La Ciudad De Los Ingenieros Y La Monarquía Española: Tiburzio Spannocchi Y Giulio Lasso

Alicia Cámara Muñoz

La fortificación de las fronteras fue esencial en los planteamientos de defensa de la monarquía española¹. En alguna ocasión se produjeron debates sobre la conveniencia de invertir en barcos en lugar de en fortalezas, pero siempre pareció triunfar la necesidad de que fueran las fortificaciones las que guardaran las fronteras. Podían ser torres en el litoral costero², fortalezas, ciudades fortificadas, ciudadelas que se convirtieron en una suerte de frontera urbana entre el poder del rey y unos súbditos a los que había que controlar, pequeños castillos guardando los pasos fronterizos... Muy distintas formas de arquitectura militar con una misma finalidad, realizadas por los mismos profesionales – los ingenieros – y que guardan en sus formas algunos de los secretos de la nueva arquitectura surgida en el XVI y que se prolongará hasta el siglo XVIII.

Si a la necesidad de fortificar fronteras que tuvo la monarquía española, sumamos el que en el siglo XVI también la empresa urbanística fue objeto de atención preferente, estaremos situando el tema que nos ocupa, pues la ciudad de los ingenieros fue una ciudad fortificada, aunque haya algunas excepciones. La gran labor desde el punto de vista urbano se desarrolló en los territorios americanos, pero también se llevaron a cabo importantes actuaciones en las ciudades de la península ibérica y en los virreinos italianos. Las necesidades defensivas ante franceses, ingleses y turcos explican la envergadura de las obras de fortificación.

En tiempo del emperador Carlos V se reforzó con nuevas fortalezas la frontera con Francia³ y se emprendieron grandes obras defensivas en el norte de África, esa bien llamada frontera

olvidada⁴ que fue prioritaria en el siglo XVI, como lo demuestran las fortificaciones de Melilla, La Goleta, Bugía, Peñón de Vélez, Orán o Mazalquivir. Por otra parte la fortificación de Sicilia, verdadera isla de frontera frente al peligro turco y esencial para el dominio del Mediterráneo fue también priorizada en lo referente a las defensas tanto en tiempos del emperador como de su hijo Felipe II. Si de la primera época son las fortificaciones de Ferramolino, activo también en el norte de África, los años setenta⁵ vieron surgir nuevos proyectos de fortificación y es precisamente en esos años cuando Spannocchi trabaja allí como ingeniero de fortificación y lleva a cabo su espléndida descripción de la isla.

Los ingenieros procedentes de Sicilia

El término «ingeniero» parece surgir muy pronto en Sicilia, en relación con el urbanismo y obras de la ciudad⁶. Quizá el de mayor fama, y no sólo por sus obras en Sicilia, sino también por las del norte de África fue Ferramolino quien, además de modernizar las fortificaciones de Messina desde 1535 y de ocuparse de las de Augusta, Siracusa y Trapani, fortificó Palermo desde 1536, siendo promovidas estas obras de fortificación por el virrey Ferrante Gonzaga⁷. En la fortificación de Palermo intervinieron, entre 1571 y 1576, ingenieros tan relevantes como Fratin, del Nobile, Serbelloni, Brancaccio y Campi, casi los mismos que en otras de las fortificaciones de la isla que fueron renovadas en tiempo del Duque de Terranova. Si en los años treinta un solo ingeniero, Ferramolino, parece el absoluto protagonista, en esta segunda fase de atención

preferente a las fortificaciones son varios los ingenieros consultados (como Fratin), o que intervienen directamente en las obras. Maria Giuffrè ha estudiado las instrucciones de Carlos de Aragón, Duque de Terranova, al ingeniero mayor del reino, Giovanni Antonio del Nobile en 1572, en las que se insiste en la importancia del dibujo (las plantas, los lugares, el país...) para el trabajo de los ingenieros⁸. Las fortificaciones de Sicilia, a las que habría que añadir las de Malta, La Goleta y otras plazas africanas fueron una de las varias «canteras» de ingenieros italianos que abastecieron las necesidades de esos profesionales que tuvo Felipe II en sus reinos. De hecho, repasar la nómina de los ingenieros al servicio de Felipe II es enumerar nombres italianos: Juan Bautista Calvi, Fratin, Antonelli... Algunos de los que llegaron a la península ibérica habían realizado sus mejores obras en Sicilia, debido a la necesidad de defender esa isla, así como de describirla, y una descripción es en concreto la obra más conocida de Spannocchi, que completó así la labor de Camilliani⁹.

Otro ingeniero procedente de Sicilia del que hay que hablar, aunque no se dedicara a la fortificación, es Fabio Borsoto, ingeniero del muelle de Palermo, que había trabajado también en Marsala¹⁰, y que fue reclamado para la obra del muelle de Málaga en 1584. El muelle de Palermo había sido promovido por el virrey García de Toledo, dirigiendo las obras desde el comienzo el toscano G.B. Collepiera, como «ingeniero de la ciudad y del muelle», siendo sus ayudantes Camillo Camilliani, Fabiano Burgotto o Bursotto y Paolo Mazucco¹¹. Borsoto por tanto fue ingeniero del muelle, y cuando vino a España se propuso que su sucesor fuera Camilliani¹². Borsoto llegó a España en 1585, desde Palermo, donde dejó su casa y su familia, para trabajar como «ingeniero y maestro mayor» de la obra del muelle de Málaga¹³ y en 1587 fue a la corte llevando «el modelo y retrato» de la fábrica¹⁴. En algunos de sus informes se refiere al muelle de Palermo, que tan bien conocía y que se había convertido en modelo de obra pública, como por ejemplo cuando pide dinero para el de Málaga en 1589, recordando que en el de Palermo se gastaban al año entre veintinueve y treinta mil ducados¹⁵. No es extraño que recurriera al modelo de Palermo, ya que el mismo Botero en 1588 afirmaba que este muelle era una «fábrica degna della magnanimità romana»¹⁶. Las obras de Málaga le ocuparon durante sus años en España¹⁷, hasta 1610, aunque también dio informes sobre el muelle de Gibraltar.

El ingeniero más famoso de los que nos vamos a ocupar es Tiburzio Spannocchi, que fue un

personaje excepcional¹⁸. Es espléndida su *Descripción de las marinas de todo el reino de Sicilia*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, pero no lo es menos su labor como ingeniero al servicio de Felipe II. Aunque tuvo que esperar al reinado de Felipe III para ser nombrado Ingeniero Mayor de los Reinos de España, lo cierto es que ejercía como tal desde tiempo atrás, ya que todas las fortificaciones españolas y americanas estuvieron bajo su supervisión. A América nunca viajó, pero todo el perímetro fortificado peninsular fue visitado por él entre 1580, fecha de su llegada a España desde Sicilia, hasta su muerte en 1606. Formó a varios de los ingenieros más relevantes de la época, estuvo relacionado con la Academia de Matemáticas fundada por Felipe II, y esa vinculación directa con el poder, ya comenzada durante sus años en Sicilia, se acrecentó con el tiempo.

Si Spannocchi fue un ingeniero que actuó también como arquitecto, la otra cara de la profesión es la del arquitecto que, en algún momento de su vida profesional, interviene como ingeniero. Es el caso de Giulio Lasso quien el 29 de diciembre de 1594 enviaba al rey Felipe II un memorial en el que decía haber descubierto «algunos secretos particulares para facilitar y reducir a más perfection y con menos costa de la que se han hecho hasta aquí las fortificaciones». Por el interés que puede tener para la historiografía siciliana voy a recordar aquí lo que se sabe sobre esta actividad: había hecho un modelo de su propuesta para demostrar esos secretos que decía poseer. Dicho modelo se había enviado al Consejo de Estado, que lo había remitido a don Pedro de Velasco, del Consejo de Guerra. Decía que conocía otros secretos «de no menos importancia» y pedía que, «haviendo venido de tan lexos como de Meçina» para servir al rey, se diera resolución a su caso. La anotación en el margen del documento de Andrés de Prada, secretario del Consejo de Guerra, ordena que, como lo que propone no se puede experimentar en España, se le envíe a Bretaña con don Juan del Águila¹⁹.

Cuando llegó allí se encontró a otro ingeniero, Cristóbal de Rojas, ocupado en las fortificaciones y que también daba informes sobre la guerra, y al parecer en nada dispuesto a tolerar que su autoridad se pudiera poner en entredicho, independientemente de que la propuesta de Giulio Lasso nos pueda parecer también a nosotros demasiado atrevida y quizá temeraria desde el punto de vista arquitectónico.

El treinta de marzo de 1595 informaba Cristóbal de Rojas, desde el castillo del Águila, que no

estaba de acuerdo con lo que proponía el ingeniero italiano que había llegado allí, «Julio Lasso. Este proponía «una nueva forma de muralla fundado en que la ruina della quando la batiesen no cayria en el fosso porque va la dicha muralla avanzada hacia el terrapleno de manera que quando le dicesse el artilleria la deribase hacia dentro». Recuerda Rojas sobre esto que los problemas del baluarte de San Felipe de Cádiz habían tenido su origen precisamente en que se edificó de esa manera, y que por ello había habido que renovarlo fabricándolo a plomo y a nivel. Citaba a los dos grandes príncipes de la arquitectura española del Renacimiento: Vitruvio y Euclides, o quizá podríamos decir que a tres, porque el tercero es la experiencia: «digo que si se an de guardar en la fábrica los preceptos de Vitruvio y el cuidado que manda tener en loscimientos y en la travazon y encadenamiento de las piedras y el yr siempre a nivel y a plomo como se guarda en las fábricas grandes, y a las demostraciones fuertes del gran matemático Euclides digo que va la dicha muralla falsa y fuera destos autores porque aunque es verdad que en algunas fortificaciones pasadas se fabricaba cayda la muralla hacia dentro ya se a dexado como cosa que con la espiriencia an visto el yerro grande della». A estos prolegómenos sigue una disertación puramente técnica sobre los inconvenientes de la muralla propuesta por Lasso a la que acompaña un dibujo²⁰ en el que va demostrando lo que dice, para concluir que le parece «ser obra muy falsa la propuesta». Tampoco le parece ninguna novedad la otra propuesta de Lasso sobre que los caballeros vayan por la parte de dentro de la muralla, y dice algo que puede hacernos deducir de dónde podría tener Lasso esos conocimientos, ya que escribe que de esa manera se habían construido en Amberes y en Malta, y las fortificaciones de Malta siempre estuvieron estrechamente ligadas a ingenieros procedentes de Sicilia. Quizá una de los aspectos reseñables de este informe de Rojas al rey Felipe II es que en varias ocasiones alude a los conocimientos que sobre el tema tiene el monarca («bien save V. Magd.») para reforzar sus propios argumentos. Este tema de los caballeros es tratado incluso con ironía pues sobre la propuesta de Lasso dice que «decir que se hagan cavalleros en las fortificaciones y parapetos a talud es tanto como decir que lo negro es prieto» (es decir, que es obvio). No obstante todo ello, como la propuesta de Lasso iba encaminada a solucionar un problema tan grave como era a dónde iban a parar las piedras y materiales de las murallas al ser atacadas por la artillería, Rojas aprovecha para dar su propia invención al

respecto²¹.

El 1 de abril de 1595, es decir, dos días después del informe de Rojas hace don Juan del Águila el suyo. En él explica que, aunque Lasso perdió en el viaje la carta que llevaba del rey, le contó a qué había ido hasta allí y que él le puso a hacer el modelo de su propuesta, para juzgar el cual hizo llamar a Rojas, que estaba en Blavet. Coincide con el ingeniero en que no son propuestas nuevas y que resulta hasta peligrosa para la construcción su proyecto de muralla. Por todo ello informa que «el ytaliano se torna por ocassion que yo no le puedo señalar ningún sueldo ni tampoco *aquí fuera de ningún efecto por lo que V. Md. sabe*» (las palabras en cursiva aparecen cifradas en el texto)²².

Hasta donde sabemos hoy, aquí acabó la aventura de Giulio Lasso como ingeniero del monarca español. Sin embargo, todavía faltaba algo más, el informe del arquitecto Juan de Herrera sobre esta polémica. La fecha es de 17 de mayo de 1595 y, aunque no considera acertadas algunas de las propuestas de Rojas, como la del baluarte que este ingeniero acabará por llevar a su tratado, coincide con Cristóbal de Rojas y con don Juan del Águila en las críticas a la propuesta del ingeniero Giulio Lasso²³. La necesidad que tenía la monarquía española de ser la dueña de las más avanzadas técnicas de fortificación estimuló las ambiciones profesionales de Lasso, pero su fracaso fue tan notorio que probablemente regresó de inmediato a sus trabajos en Sicilia. Algo debió quedar sin embargo de esta estancia de Lasso en la corte española en sus planteamientos arquitectónicos, pues por ejemplo Bellafiore ha señalado cómo en la obra de I Quattro Canti de Palermo, Giulio Lasso, en 1608, «per evidente volontà del committente vicerè e forse dello stesso monarca spagnolo, concepi appunto comeretablos le quattro facciate dell'Ottangolo palermitano», continuando así una tradición de fachadas retablos que, procedente de España, había arraigado en los territorios italianos dominados la monarquía²⁴. Por otra parte, no fue estéril su estancia en España y en Bretaña como ingeniero, ya que

G. B. Maringo se refería a Giulio Lasso en 1609 llamándolo «ingegner, et Architetto Regio»²⁵.

Las ciudades de los ingenieros

Desde la Antigüedad la fundación de ciudades había engrandecido la memoria de los poderosos. Serían muchos los ejemplos posibles, pero hay dos de los años que estamos tratando que pueden servirnos. En ambos casos se trata de ciudades

nuevas, destinadas a transformar un territorio, y que en su nombre recordaban a su fundador para que, unidas a su fama, se conservaran en la memoria de los hombres. En primer lugar la ciudad de Carlentini, llamada así por la fusión del nombre del emperador y el de la ciudad que había al pie de la nueva fundación²⁶. El otro es la propuesta que hace Italia a Felipe II en un diálogo imaginario, fechado en 1588, de fundar una nueva ciudad en el estado de los Presidios, en Monte Argentario, con el nombre de Filippaustria, lo que se convertiría en perpetua y gloriosa memoria de su nombre y le haría comparable a Alejandro Magno, que edificó Alejandría, Cesar Augusto que fundó Zaragoza, Adriano que dio nombre a Adrianópolis y Constantino que, después de ampliar Bizancio, la llamó Constantinopla²⁷. Pocos años antes, en 1585, se había fundado Felipeia en Brasil, una ciudad en la que se siguieron los modelos hispánicos de trazado en retícula²⁸. Por otra parte, fue tan frecuente que el nombre de San Felipe bautizara baluartes de las nuevas fortalezas a lo largo y ancho de todo el sistema de fortificación de la monarquía, que creemos que no es necesario poner ejemplos de ello.

Con respecto al trazado urbano de las ciudades españolas del XVI, sus precedentes más inmediatos están en las ciudades de colonización fundadas en la Edad Media y comienzos del Renacimiento, pero también en proyectos parciales de renovación urbana, algunos de los cuales se dieron en Sicilia. Por ejemplo, el proyecto de Alfonso II para renovar la ciudad de Nápoles, y que no se llegó a realizar, consistía en un trazado ortogonal, de raíz hipodámica, que hubiera superpuesto la nueva retícula urbana de calles rectas a la ciudad vieja²⁹. En el siglo XIV, en Trapani, se proyectó un barrio, el del Palazzo, con un trazado hipodámico, igual que Alcamo, fundada por Federico III a mediados del siglo XIV³⁰.

Ya ha sido puesto de manifiesto la posible relación entre las ciudades que se fundaron en Sicilia, fundamentalmente a lo largo del siglo XVII, y las ciudades americanas³¹. También se han relacionado las ciudades fundadas en la sierra de Jaén en los años treinta del siglo XVI (Valdepeñas, Mancha Real y Los Villares) con las ciudades americanas por su trazado ortogonal³². Es un tipo de trazado que se encuentra también en la España medieval (por ejemplo Villareal, en el siglo XIII) y en las bastidas francesas, aunque éstas estuvieran fortificadas, siendo un ejemplo siempre citado como precedente para América la ciudad de Santa Fe en Granada, fundada por los Reyes Católicos durante la conquista de Granada. Lo cierto es que,

dada la impresionante labor de urbanización llevada a cabo por los españoles en América, todo parece pasar por ese modelo, cuando en realidad era un modelo ampliamente experimentado en Europa y que como tal es llevado a América. La relación con el modelo de ciudad de Aristóteles, que argumentaba sobre el orden que debía regir en las ciudades y proponía la ciudad de Hipodamo como referente nos lleva a una Antigüedad que en este caso no hubo que recuperar puesto que en realidad no se había perdido.

El seguir un modelo establecido – con todas las variantes que se quiera, pero en definitiva basado en la plaza mayor y el trazado ortogonal – permitió que en América no fueran por lo general ingenieros los que trazaron las ciudades, aunque sí lo hicieron cuando se trató de ciudades en las que la defensa era primordial, es decir las de los puertos del Caribe en el siglo que nos ocupa. En América eran ciudades nuevas, que combinaron el trazado ortogonal con las fortificaciones, pero las obras de fortificación en España se emprendieron sobre todo en ciudades costeras ya existentes. Pese a ello, lo que podríamos llamar labor como urbanistas de los ingenieros no fue menor pues, al fortificar con los nuevos sistemas abaluartados, el tejido urbano se vio siempre afectado, bien por reestructuración de las zonas próximas a la nueva muralla, bien por el trazado de nuevas vías que facilitarían la actividad militar. La necesidad de un espacio vacío alrededor de las murallas para asegurar la defensa y permitir el uso de la artillería, afectó directamente a los arrabales. Aunque parezca paradójico hablar de derribos al referirnos a la ciudad de los ingenieros, así debe ser: en muchos casos las nuevas fortificaciones llevaron aparejado el derribo hasta de barrios enteros. Siempre se produjo en función de que pudieran convertirse en lugares desde los que atacar. Así por ejemplo, Jorge Palearo Fratin proponía en 1575, en contra de otras opiniones, no derribar el burgo de la marina de la ciudad de Cagliari, sino fortificarle, facilitando así el crecimiento de la ciudad, salvando también los monasterios de San Francisco y de Jesús y Santa Clara³³. Los problemas que llevaba aparejada esa necesidad de un gran espacio vacío en torno a la fortificación de la ciudad se llega a reflejar incluso en un documento como son las instrucciones del duque de Medinaceli a García de Toledo sobre el gobierno de Sicilia en 1565, pues desaconseja acabar con las huertas y cercados que están próximos a la ciudad de Siracusa – pese a ser necesario en la defensa – porque eso desencadenaría la despoblación de la ciudad³⁴. La prioridad que se da en este texto a las obras de

fortificación en la isla nos devuelven a la realidad de un Mediterráneo en guerra.

La ciudad de los ingenieros es una ciudad con límites, que vienen impuestos por las fortificaciones, es decir son objetos en un territorio como lo era la ciudad medieval, y, sin embargo, al ser unos perímetros cada vez más bajos debido a la evolución de las armas de fuego, es la vista desde lo alto o por supuesto los dibujos lo que permite visualizar la forma de la ciudad. Ese valor del plano es algo perfectamente comprobable en los diseños urbanos de los ingenieros³⁵, y es una forma de representación que refleja los principios científicos que rigen una actuación sobre la ciudad. Ya no es la vista en perspectiva caballera, utilizada también por los ingenieros pero sólo cuando se trata de informar sobre el territorio. Lo que representan de una ciudad por regla general los ingenieros es lo que era esencial para la guerra: su posición en el territorio, el plano con los límites, los edificios más fuertes y la imagen real que presentaba la ciudad.

Perfecto ejemplo de la imagen de la ciudad transmitida por los ingenieros es la descripción de las marinas de Sicilia realizada por Tiburzio Spannocchi. Las vistas de ciudades dibujadas por este ingeniero están ancladas en su mayoría en el punto de vista del navegante, pero las complementa con la planta, planos vacíos en los que es posible ver el esqueleto de la ciudad y sus fortificaciones. Cuando tuvo intención de incluir la planta o la vista urbana, pero no llegó a hacerla, dejó una hoja o un recuadro en blanco para poder completarlo más tarde. Lo que no falta nunca es el mapa, la descripción geográfica del territorio en que se asienta la ciudad. Es por lo tanto un manuscrito concebido con una estructura «a priori», pero inacabado, y sin duda uno de los más preciosos que nos ha dejado el siglo XVI sobre un territorio. La fecha que lleva es la de 1596, aunque en su mayoría esté hecho antes de partir de Sicilia, en el año 1578, el fecharlo en 1596 nos hace pensar en sus deseos de sistematizar un trabajo previo para presentarlo como libro, en esos años a fines del siglo en los que aspiraba y solicitaba el título de Ingeniero Mayor, lo que tardaría todavía en conseguir.

Su habilidad como dibujante fue algo muy valorado desde su llegada a España. Lo había demostrado con esta descripción de Sicilia y, a fines de siglo, cuando se publicó la obra de Mosquera de Figueroa sobre las Azores, recordaba este autor cómo en esa expedición, que tuvo lugar en 1583 Tiburcio Spanoque, caballero del hábito de S. Juan, ejercitado en las Matemáticas, mostró con estendido discurso, y

mucha advertencia y puntualidad la descripción desta Isla (Tercera), así en lo que toca a la Cosmografía, como a la Geografía, con toda particularidad de lugares³⁶. Sus cualidades como dibujante las puso de manifiesto también en sus informes sobre las fortificaciones españolas, algunos de cuyos dibujos son de una gran belleza.

En el siglo XVI la reflexión sobre la ciudad y, sobre todo, las propuestas concretas hay que buscarlas en los tratados de arquitectura militar³⁷. Por lo general en estos tratados la imagen de la ciudad se ve reducida a su perímetro fortificado. Una cierta excepción en ese sentido la constituye el español Diego González de Medina Barba, un militar de cuyas obras como ingeniero nada se sabe hasta hoy, pero cuyo tratado, publicado en 1598, es fundamental para conocer cómo plantearon la ciudad los ingenieros y hombres de guerra. Con respecto a los ingenieros que escribieron sobre la ciudad, podemos recordar que, en una de las muchas ocasiones en que Spannocchi se quejó de que le pagaban poco, decía que quería ganar lo mismo que Fratin y que Pelegrin que con servir acá le comen en Milán³⁸. Esta referencia a Pellegrino Pellegrini nos lleva a otro ingeniero (además de arquitecto y pintor) que se ocupó de la ciudad en su libro de arquitectura, escrito probablemente durante los años pasados en España por sus alusiones a Madrid, pese a que casi todo lo que plantea sobre la ciudad tenga más que ver con Milán³⁹.

Centrándonos ya en las realizaciones concretas de los ingenieros en el trazado de ciudades, la primera referencia debe ser a Carlentini, fundada en 1551, y que se inscribe en un proceso más ambicioso que incluye también la fundación de La Valletta en Malta en 1566⁴⁰. En la planta de Carlentini, se puede comprobar cómo dos formas urbanas casi se repelen: por un lado el trazado ortogonal y por otro, pero sin conexión ninguna, el perímetro fortificado, necesario por ser un enclave destinado a reforzar la defensa de Augusta y de Siracusa. Carlentini se convierte así en un brillante enfrentamiento entre la ciudad de colonización, que en tierras americanas o en el interior de la península ibérica no necesitaba de murallas, y la ciudad fortificada. Sólo se pueden buscar paralelos en aquellas ciudades americanas que por ser puertos estaban expuestas a la artillería de otras potencias europeas, como es el caso de Cartagena de Indias, en la traza de Bautista Antonelli de 1594.

En la mayoría de los casos los ingenieros limitaron su actuación en las ciudades a los perímetros fortificados pero, como ya hemos apuntado, también fueron ingenieros los que

proyectaron ciudades con ese trazado ortogonal que podríamos decir que define el urbanismo de las ciudades de la monarquía española en el siglo XVI. El trazado de Guetaria por Spannocchi después de un incendio en 1597 así lo muestra. En este caso sin muralla y, lo que resulta más sorprendente, sin plaza, salvo ese espacio en torno a la iglesia, pero sin definir en sus límites, sólo justificable por ser un lugar pequeño. También podemos recordar a Bautista Antonelli en América quien, cuando trazó Portobelo, lo que hizo fue tirar las cuerdas y poner las estacas de la nueva ciudad, es decir, actuó sobre el terreno como si estuviera dibujando sobre un plano⁴¹.

Los ingenieros también asesoraron a los gobernantes sobre algo tan condicionante para una ciudad como fue su tamaño, porque el ceñirla con una cinta de murallas determinó sus posibilidades de crecimiento a veces durante siglos. El tamaño de la ciudad de Palermo en relación con su cinta bastionada fue por ejemplo debatido en los años setenta del siglo⁴². En España hubo varias consultas e informes de ingenieros al Consejo de Guerra sobre el tamaño de algunas ciudades, que se vería condicionado por las nuevas murallas. Así sucedió en San Sebastián, Cartagena, Cádiz, La Coruña, etc. En algunas de estas intervino directamente Spannocchi, como es el caso de Cádiz o La Coruña y los problemas a que se enfrentó iban más allá de la mera fortificación: la inclusión o no del arrabal de La Coruña en la fortificación, o el proyecto de una ciudadela para Cádiz, que nunca se hizo pero para la que se reservó el sitio. Otra actividad de los ingenieros en relación con la ciudad fue la realización de maquetas, hoy perdidas, pero de lo que hay numerosos datos en los archivos, Spannocchi en concreto hizo los modelos (es decir, maquetas) de la ciudad de Cádiz en 1587, lo que le ocupó cuatro meses de trabajo⁴³.

Por lo que se refiere a las intervenciones de Spannocchi como urbanista, hay que recordar otra, que fue muy distinta a las que vamos citando: Spannocchi dio un largo informe, que fue impreso en 1604, sobre las inundaciones en la ciudad de Sevilla y cómo remediar las desastrosas consecuencias que tenían. Hace algunas observaciones dignas de ser destacadas sobre la ciudad, en el papel de un ingeniero interviniendo en un núcleo urbano ya construido. Por un lado recuerda algo que por siglos fue unido como una lacra a las murallas, como era la costumbre de arrimar a ellas casas que acababan con las funciones originarias de éstas, y por otro recoge los principios que habían regido las intervenciones urbanas en tiempo de Felipe II: la

regularidad, el orden y el control. En este sentido propone que todo lo que se construya lo controle el maestro mayor o persona entendida en arquitectura «como se acostumbra en todas ciudades de buena pulicia, y se ve que los antiguos la tuvieron en esto por los insignes edificios públicos que en ella ay»⁴⁴. Podía estar pensando por ejemplo en Madrid, por ser en la capital donde se dieron los mayores esfuerzos por controlar la edificación⁴⁵. Por otro lado está señalando que en la misma ciudad de Sevilla está presente el ejemplo de la Antigüedad, que ha de servir de modelo a las ciudades de este periodo.

Quizá ese ojo tan experto y esa mano tan hábil en el dibujo hizo que fuera de los pocos ingenieros que introdujeron a veces en sus escritos observaciones sobre la belleza de las ciudades, no considerándolas tan sólo lugares a fortificar. En concreto, en su manuscrito sobre Sicilia, escribía que entre las riquezas de la isla «ciudades ay muy principales de suntuosos edificios de templos muy grandes y ornatos y fábricas públicas y particulares muy ricas...»⁴⁶. Alababa también las fuentes y los jardines, y, cuando en 1595 informó al Consejo de Guerra sobre Pontevedra, volvieron a ser los mismos aspectos los que señaló como patrón por el que medir la grandeza de una ciudad: templos, casas, plazas, fuentes y jardines⁴⁷. Podríamos concluir que en ello se resumía para este ingeniero aquello que definía a una ciudad y la hacía bella.

Los modelos italianos llegados a España a través de tratados y de ingenieros, la experiencia urbana en la península ibérica y en los territorios americanos, la fortificación que determina la forma urbana en el siglo XVI... todo ello confluye en la obra de Spannocchi y de Lasso, cuyo estudio aproxima una vez más la necesaria colaboración entre historiadores a la hora de entender un pasado común en muchos aspectos, como fue el de las ciudades y la defensa de la monarquía española en el siglo XVI.

Note

¹ A. CÁMARA, «La fortificación de la monarquía de Felipe II». *Espacio, Tiempo y Forma*, UNED, serie VII, n. 2, 1989, págs. 73-80

² A. CÁMARA, «Las torres del litoral en el reinado de Felipe II: una arquitectura para la defensa del territorio». *Espacio, Tiempo y Forma*, UNED, serie VII, n. 3, 1990, págs. 55-86, y n. 4, 1991, tomo II, págs. 259-282.

³ A. CÁMARA, «Fortificaciones españolas en la frontera de los Pirineos. El siglo XVI». *Actas del Congreso Internacional Historia de los Pirineos*. Madrid, UNED, 1991, tomo II, págs. 259-282.

⁴ A.C. HESS, *The Forgotten Frontier. A history of the*

- sixteenth century Ibero-African frontier. Chicago y Londres, 1978.
- ⁵ H.G. KOENIGSBERGER, *La práctica del imperio*. Madrid, 1989.
- ⁶ En Palermo, era «ingeniero» de la ciudad en 1326 un maestro llamado Bartolomeo, y en 1426 era «maestro ingeniero» Tommaso Mirabile, aunque luego parece que esta denominación no vuelve a aparecer a lo largo del XV. C. De Seta y L. Di MAURO, *Palermo*. Bari, 1980, págs. 72-75.
- ⁷ Idem, pág. 21
- ⁸ M. GIUFFRÈ, «Palermo "città murata" dal XVI al XIX Secolo». *Quaderno dell'Istituto Dipartimentale di Architettura ed Urbanistica Università di Catania*. n. 8, 1976, pág. 48-56. M. GIUFFRÈ, *Castelli e luoghi forti di Sicilia. XII-XVII secolo*. Palermo, 1980, pág. 43, y en general para las fortificaciones y los ingenieros que trabajaron en Sicilia en el siglo XVI.
- ⁹ M. GIUFFRÈ, «La Sicilia fuori di Sicilia. Note e considerazioni sull'assetto degli spazi storici dal XVI al XIX secolo». *Parametro*. Anno IX, n. 67, 1978. Referencia a la demanda por parte de Felipe II de una descripción de la isla en relación con la obra de Camilliani.
- ¹⁰ M. GIUFFRÈ, *Castelli e luoghi forti di Sicilia. XII-XVII secolo*. Palermo, 1980, pág. 39.
- ¹¹ M. FAGIOLO, M.L. MADONNA, *Il Teatro del Sole. La rifondazione di Palermo nel Cinquecento e l'idea della città barocca*. Roma, 1981, págs. 33 y 165
- ¹² M. GIUFFRÈ, «Palermo...», pág. 56.
- ¹³ Archivo General de Simancas (A.G.S.), Guerra Antigua (G.A.), leg. 408, f. 34.
- ¹⁴ A.G.S., G.A., leg. 244, f. 201 y leg. 234, f. 222.
- ¹⁵ A.G.S., G.A., leg. 244, f. 201.
- ¹⁶ Citado en C. De Seta y L. Di Mauro, pág. 75.
- ¹⁷ Sobre el muelle de Málaga: I. Rodríguez Alemán, *El puerto de Málaga bajo los Austrias*. Málaga, 1984.
- ¹⁸ A. CÁMARA, «Tiburzio Spannocchi, ingeniero mayor de los reinos de España». *Espacio, Tiempo y Forma*. UNED, n. 2, 1988, págs. 77-90
- ¹⁹ A.G.S., G.A., leg. 415, f. 114
- ²⁰ A.G.S., M.P. y D., V-59, en este dibujo se recoge también un proyecto de Rojas de noviembre de 1594, es decir, anterior al proyecto que en Madrid presentó Lasso al Consejo de Guerra. El hecho de que vayan juntos éste y los perfiles de muralla que recogen la propuesta de Rojas y de Lasso el 30 de marzo, puede hacer pensar que a Rojas le pudo interesar aparecer como el único capaz de resolver el problema de los derrumbes de las murallas hacia el foso.
- ²¹ A.G.S., G.A., leg. 425, f. 213.
- ²² A.G.S., G.A., leg. 426, f. 12.
- ²³ A.G.S., G.A., leg. 425, f. 214
- ²⁴ G. BELLAFFIORE, *Architettura in Sicilia (1415-1535)*. Palermo, 1984, pág. 100.
- ²⁵ Citado en M. FAGIOLO, M.L. MADONNA, op. cit., pág. 178.
- ²⁶ «Advertencias del Duque de Medinacoeli para el Señor Don Juan de Austria sobre el Reyno de Sicilia». 1575. En L. DUFOUR, *Augusta. Da città imperiale a città militare*. Palermo, 1989, pág. 224.
- ²⁷ R. LOPEZ TORRIJOS, «Imágenes de Cesare Corte para ilustrar un elogio a España». *Studi di Storia delle arti*. Università di Genova.
- ²⁸ V. NIETO y A. CÁMARA, *El arte colonial en Iberoamérica*. Madrid, 1989, pág. 28.
- ²⁹ G. BELLAFFIORE, *Architettura in Sicilia (1415-1535)*. Palermo, 1984, pág. 15.
- ³⁰ BELLAFFIORE, op. cit., págs. 22 y 23.
- ³¹ M. GIUFFRÈ (a cura di), *Città nuove di Sicilia, XV-XIX secolo*. Palermo, 1979.
- ³² V. PÉREZ RODRIGUEZ, «Primer urbanismo colonial de trazado regular en la provincia de Jaén y su influencia en el urbanismo hispanoamericano». *Ciudad y Territorio*, n. 61, 1984, págs. 23-40.
- ³³ A.G.S., G.A., leg. 79, f. 25 y 28.
- ³⁴ *Advertencias que el duque de Medinaceli dejó a D. García de Toledo sobre el gobierno del reino de Sicilia. De Mesina a 3 de enero de 1565*. C.O.D.O.I.N., tomo XXVIII. Madrid, 1856, pág. 331.
- ³⁵ N. ARICO, «Archiviare il Dominio nel Castello della Storia», en I. Principe, *Il progetto del disegno. Città e territori italiani nell'archivio general di Simancas*. Roma, 1982. Sobre el dibujo, también A. CÁMARA, «El dibujo en la ingeniería militar del siglo XVI». *A Distancia*, octubre 1991, págs. 24-30.
- ³⁶ C. MOSQUERA DE FIGUEROA, *Comentario en breve compendio de disciplina militar, en que se escribe la jornada de las islas de los Açores*. Madrid, 1596, f. 70v. y 71.
- ³⁷ A. CÁMARA, «La fortificación de la ciudad en los tratados del siglo XVI». En *Tiempo y espacio en el arte. Homenaje al profesor Antonio Bonet Correa*. Madrid, 1994, tomo I, págs. 685-696.
- ³⁸ A.G.S., G.A., leg. 263, f. 169.
- ³⁹ PELLEGRINO PELLEGRINI, *L'architettura*. Milano, 1990. A. Buratti Mazzotta recuerda en la introducción que había sido ingeniero del gobernador español de Milán y que, cuando llegó al Escorial en junio de 1586, el rey valoró mucho sus conocimientos sobre presidios.
- ⁴⁰ M. GIUFFRÈ, *Castelli e luoghi forti di Sicilia. XII-XVII secolo*. Palermo, 1980, págs. 38 y 39.
- ⁴¹ V. NIETO y A. CÁMARA, op. cit., pág. 29.
- ⁴² M. GIUFFRÈ, *Castelli e luoghi forti...*, 1980, págs. 46-47.
- ⁴³ A.G.S., G.A., leg. 411, f. 372.
- ⁴⁴ T. SPANNOCCHI, *Parecer que dio el Comendador Tiburcio Spanoqui... a la muy noble... ciudad de Sevilla sobre los reparos que convienen para la inundación del Rio Guadalquivir* Sevilla, 1604, f. 9v..
- ⁴⁵ A. CÁMARA, «Modelo urbano y obras en Madrid en el reinado de Felipe II». En *Madrid en el contexto de lo hispánico desde la época de los descubrimientos*. Madrid, Universidad Complutense, 1994, págs. 31-48.
- ⁴⁶ T. SPANNOCCHI, *Descripción de las marinas de todo el Reino de Sicilia. Con otras importantes declaraciones...* Biblioteca Nacional, Madrid, Ms. n. 788, f. 4. Hay una edición facsímil de este manuscrito, por R. Trovato, publicada por el Ordine degli architetti della provincia di Catania en 1993.
- ⁴⁷ A. CÁMARA, «Tiburzio Spannocchi...», 1988, pág. 83.